

Aldo Torres Púa

## Pájaros muertos



**P**IENSO en mi corazón cuando los veo.  
Degollados de súbito sus vuelos,  
son los pájaros muertos.  
La media noche abajo,  
predican con espanto  
la presencia del viento.

Lamen la calle con sus alas rotas,  
orantes de algún dios desconocido.  
Hondo en su tumba el corazón solloza  
con terrible esperanza del olvido.

Son los pájaros muertos.  
Desde oscuro rincón huye algún perro.  
No sé ya más cuando volar los veo.  
Son los pájaros muertos.

Se alzan enormes y majestuosos,  
traída majestad de los infiernos.  
Su rodante visión cubre mis ojos.  
Son los pájaros muertos.

Y vuelan despedidos contra todo.  
Sus alas van pesadas por las piedras.  
De un horizonte a otro horizonte roto,  
el latido revienta y los estrella.

Son los pájaros muertos.  
Vuelan ellos.

### EL HOMBRE REMOTO

He sudado las altas pirámides de Egipto.  
Todo largo camino castigó mis espaldas.  
El ayer es mi hoy día y es mi siempre maldito.  
Mi piel lejana es negra. Mi piel cercana es blanca.

Cuando me quedo absorto, siento bosques inmensos  
dentro del alma mía, y hay un viento angustiado  
que alza su cuerno heroico pregonando, a los cielos,  
que ceden las cadenas, que despierta el esclavo.

Y vomito, sublime, mis blasfemias enormes.  
Un rapto, desde eterno, me batalla y desgarrar.  
A golpes, blasfemados, cómo caen los dioses  
a mis pies y me imploran con palabras humanas.

Miro sus pobres ojos inundados de espanto.  
¡Pobres dioses traídos bruscamente a la tierra!  
A rastras con sus cuerpos, me parecen gusanos.  
Reptan falsas plegarias para que yo les crea.

Mi piel era amarilla. Nunca pude ser ángel.  
Hubiese interrumpido los parques celestiales.  
Iban quedando muros por donde andaba errante,  
No tuve más piedades que el sol, la sed y el hambre.

    Hoy, que soy blanco y vaso de remotos dolores  
como ácidos tenaces que laboran mi muerte,  
corren tras de mis huellas, y son perros feroces,  
los minutos, las horas y los días ardientes.

    Y sudo y donde cae mi sudor, gota a gota,  
emergen las ciudades y otros hombres. Los siglos  
se van desovillando desde mí, de ola en ola,  
mientras sobre la tierra se alarga mi suicidio.

    Ya no puedo fugarme de mi destino eterno.  
Si al yugo le quitamos el buey, se pudriría.  
Fuí siempre el dios exhausto que lloraba sus reinos.  
Unas fauces siniestras se sacian en mi vida.

    Y resigno y me entrego prisionero a mí mismo.  
Mi corazón guerrero, sobre cada latido,  
vigila, ardiendo angustias, el ansiado camino,  
mientras se oye a lo lejos un corc de martillos.

    Todo dolor profundo se trueca en canto, en ala.  
La hembra de la noche va preñada de auroras.  
Estoy en todas partes, donde el silencio canta,  
y sé que nacen ríos del vientre de las rocas.

Que el hombre, el hombre eterno de la tumba renace  
y morir es el drama de amor en las jornadas.  
Una raíz de pueblos, continentes y mares,  
se nutrirá del fuego central de las batallas.

### EL PARTIDARIO DE LAS COSAS

Mueren las cosas, mueren  
y nadie oye la voz de sus lamentos.  
Privilegio infernal, a mí me hieren  
la desnuda raíz del corazón sediento.

¡Cuán hondo cavan mi alma sus gemidos!  
La muerte de las cosas fluye humana,  
y el hombre del morir transita altivo,  
angustiado y sin forma, hacia la nada.

Y siento acontecer y declinar los días,  
lejos y junto a mí, deidad sin cielo.  
Estoy encadenado a las usinas  
donde se funde, solo, el tiempo.

Antes del mármol mueren las estatuas.  
¿Qué senda abrupta no labró la muerte?  
Aunque la eternidad me dé a beber sus aguas,  
soy partidario de las cosas, siempre.

---

(Del libro inédito «Hombre adentro»).